

LA MORAL SOY YO: REAGAN

Los hechos están claros. En 1981 la CIA empezó a organizar la lucha armada para derrocar a los sandinistas en Nicaragua. La base humana fundamental de esa lucha son los ex-guardias somocistas. Otros se han sumado.

El Presidente Reagan, de mentira en mentira, ha llegado a la verdad pública y descarada del 26 de junio: La Administración norteamericana —incluidos los “representantes del pueblo”—, depreciando la moral y el derecho internacional, aprueba la ayuda de 100 millones de dólares para derrocar con armas al gobierno sandinista. Esto significa que EE.UU. está en guerra con Nicaragua aun sin que haya una declaración formal.

Reagan mintió a su pueblo y al mundo desde el comienzo. Primero al negar que su administración estuviera organizando a los “contras” y al negar que la CIA hubiera organizado el minado de aguas nicaragüenses. Luego mintió al comparar a los “contras” con Bolívar y llamarlos “luchadores de la libertad”. Mintió al decir que los sandinistas eran la fuente de todos los males, estalinistas, traficantes de drogas, amenaza poderosa contra la seguridad del pueblo norteamericano. Mintió y se burló de América Latina y de sus gobiernos democráticos al decir repetidamente que apoyaba el proceso de Contadora al mismo tiempo que obligaba a Honduras, Costa Rica y El Salvador a no aceptarlo y hacía lo imposible para lograr su petición de financiamiento de la lucha armada de los “contras”. Mintió al presentar a su pueblo como amenaza y como poderío militar en expansión el proceso nicaragüense que, con enormes dificultades, trata de sobrevivir y de abrirse camino hacia una existencia autónoma, digna y no alineada para el pueblo que nunca ha tenido esa posibilidad.

Ahora todo está claro. Reagan no cree en Contadora. Reagan sólo cree en la fuerza. Reagan, en contra de lo que proclama, está empeñado en derrocar militarmente al gobierno sandinista e instaurar una dictadura sangrienta (no hay otra alternativa; recuérdese a Pinochet como alternativa de Allende). Para ello Reagan está decidido a obligar al régimen de Nicaragua a convertirse en un régimen militarizado, con economía militarizada, con vida civil militarizada y con medios de comunicación militarizados. Entonces podrá decir al mundo: ahí tienen la dictadura estalinista de Nicaragua. Reagan está empeñado en la soviétización de Nicaragua que es la deslegitimación del proceso nicaragüense y la legitimación para la intervención directa o a través de mercenarios. Por eso impide toda ayuda que no sea la de la Unión Soviética o de su bloque. EE.UU. hace 27 años empujó a Cuba hacia la U.R.S.S. La fracasada invasión de Bahía de Cochinos, organizada por la CIA, fue el golpe definitivo para que el régimen cubano pasara a formar parte del Bloque Soviético con todas las consecuencias para su modelo social, político y económico.

La única posibilidad de que Nicaragua no se soviétice y

sea realmente país no alineado es el mantenimiento y fomento de la apertura a la economía occidental, a la política occidental, a la ayuda occidental. La condición para mantener la apertura externa e interna es la disminución de la presión de guerra, incluso el logro de la paz. Es lo que busca Contadora. Pero la burla de la Administración Reagan a los gobiernos de Contadora y a los esfuerzos de paz es la culminación de un proceso en el cual se entroniza en el mundo como supremo principio moral y supremo principio de derecho internacional la ley del más fuerte. El derecho soy yo, la moral soy yo, porque la fuerza soy yo: Reagan el sumo sacerdote de la religión del poder norteamericano y de su destino manifiesto en el mundo.

HOY COMO AYER

No es extraño que Reagan, actuando como sumo sacerdote de la nueva derecha, haya dado estos pasos. Puede llamar más la atención que su política general tenga un respaldo tan grande, sostenido a lo largo de los años y que en definitiva haya conseguido el voto de los “representantes del pueblo”. ¿Por qué un pueblo como el norteamericano, en el que encontramos tantas virtudes que admirar y que imitar, respalda la política cínica de esta Administración? ¿Por simple ignorancia? Es cierto que sorprende la ignorancia del norteamericano medio sobre todo aquello que ocurre fuera de su localidad. Pero no parece que sea la causa explicativa del manejo ideológico exitoso que hace Reagan de la opinión pública. Hay un hecho fundamental en la historia del pueblo norteamericano que el artista Reagan sabe manejar magistralmente. Una base sobre la cual construye el mito del enemigo interno y externo, como manejó Hitler el fantasma de los “judíos” y el “comunismo” como enemigos del destino glorioso de la raza aria: El mito de la raza predestinada que hay que exaltar y el mito del enemigo que amenaza el cumplimiento de esa misión divina.

Como razón verdadera y no objetivada que lleva a desear un líder nacionalista fuerte que lo reivindique está el sentimiento nacional herido y humillado: la derrota y el trato humillante impuesto a Alemania al final de la Primera Guerra Mundial y la derrota de Vietnam en el caso del nacionalismo norteamericano. Hoy Reagan, como ayer Hitler, habla a ese sentimiento nacionalista herido. Y hoy —al igual que ayer— incluso mucha gente que no está de acuerdo le perdona a Reagan muchas cosas e incluso lo apoya porque es el Rambo vengador que sale por los fueros de un pueblo encargado por dios de llevar el American way of Life al mundo entero como salvación para ese mundo. Como decía Teodoro Roosevelt “la americanización del mundo es nuestro destino”.

El escritor norteamericano Herman Melville escribía: “Y nosotros, los americanos, somos un pueblo particular, un pueblo elegido, el Israel de nuestro tiempo; nosotros llevamos la antorcha de las libertades del mundo”. No se trata de analizar ni de objetivar ese sentimiento; él es la base de la

identidad norteamericana, un presupuesto que no necesita ni análisis ni justificaciones. El éxito y la prosperidad son las pruebas de su verdad. ¡Y qué mayor éxito que el paseo triunfal a lo largo de doscientos años de la nación norteamericana! Paseo triunfal hasta redondear el territorio actual de Atlántico a Pacífico barriendo a los indios, a los mexicanos, comprando y derrotando; y asimilando a todos los millones de emigrantes que terminan haciéndolos a su imagen y semejanza. Paseo triunfal por el mundo hasta constituirse en la primera potencia mundial y la nación más próspera.

Hace siglo y medio el agudo observador francés Alexis de Tocqueville, que estudió la "democracia en América", captó muy bien este sentido de superioridad y de predestinación en la nación norteamericana: "Desde hace cincuenta años se repite sin cesar a los habitantes de los Estados Unidos que ellos constituyen el único pueblo religioso, esclarecido y libre. Ven cómo entre ellos, hasta el momento, prosperan las instituciones democráticas, en tanto que éstas fracasan en el resto del mundo. Tienen por tanto una opinión inmensa de sí mismos y no andan lejos de creer que forman una casta aparte del género humano".

Este sentimiento, esta íntima convicción nacional existe hoy con la consiguiente infravaloración de otros pueblos, de sus aspiraciones y de su identidad, sobre todo si no se someten a Estados Unidos o los humillan. Esta es la medida del derecho internacional y de la moral: respaldar el destino manifiesto de la nación y su expansión en el mundo. Decía el presidente McKinley en 1899 que "Filipinas, como Cuba y Puerto Rico, nos han sido otorgadas por la guerra, y, con la ayuda de Dios, y en nombre del progreso de la humanidad y de la civilización es nuestro deber corresponder a esta gran confianza".

No se apartaba de esta fe nacionalista el presidente Harding en 1920 al decir: "Tengo en nuestra América una confianza que convierte en inútil la reunión del consejo de potencias extranjeras para indicar dónde radica nuestro deber. Tal vez se puede llamar a esto egoísmo moralista, pero yo creo que es una inspiración del fervor patriótico. ¡Proteger a América ante todo! ¡Pensar en América ante todo! ¡Exaltar a América ante todo!" Por eso hoy tampoco tienen sentido obligante para EE.UU. los acuerdos internacionales que digan algo similar a lo que dice la Carta de Bogotá (firmada por EE.UU. junto con los estados latinoamericanos) en su artículo 15: "Ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho a intervenir directa o indirectamente, sea cual fuere el motivo, en los asuntos interiores o exteriores de otro Estado, cualquiera sea éste". Por eso tampoco tiene importancia lo que sentencia la Corte Internacional de La Haya. Nuestra razón es nuestra fuerza y nuestro éxito. Nuestro éxito es nuestra predestinación como pueblo superior. No es de extrañar pues que, ante la sentencia de la Corte de La Haya el 27 de junio condenando la ayuda norteamericana y la intervención en Nicaragua, los voceros del gobierno norteamericano se apresuraran a decir que esa sentencia "no

tiene valor de hecho ni de derecho".

Este destino de un pueblo superior convierte en morales acciones que en otros pueblos son terroristas y criminales. El presidente Johnson, después de ordenar el primer bombardeo sistemático sobre Vietnam del Norte decía: "Lo que América ha hecho y sigue haciendo en el mundo se remonta a las fuentes profundas y vivas del deber moral. ¡Que nadie quiera subestimar la profundidad del designio americano".

Cuando ese pueblo vietnamita pequeño, débil, atrasado y por más señas "asiático" produjo la primera derrota significativa de un pueblo que se creía invencible por destino, se tambaleó el indiscutido axioma del nacionalismo norteamericano. En la mayoría norteamericana produjo rabia y humillación. En muchos una conciencia crítica que llevaba a pensar que la política interior y exterior requieren discusión y vigilancia y no pueden ser objeto de una firma en blanco a favor de los gobernantes y de los negociantes.

Y vino Carter como un intento de recuperación moral interna y externa. Pero a esa mayoría ignorante (aunque sean doctores), acrítica y de fe fundamentalista en el destino de la nación le quedó la impresión de que Carter no se hizo respetar por querer ser justo, que hasta la ínfima Panamá se volvió insolente al reclamar su Canal. Y lo de Irán, con los rehenes norteamericanos, desbordó el herido nacionalismo. Había que hacerse respetar con el único lenguaje que entienden los pueblos "atrasados": "el gran garrote".

Si Reagan y la nueva derecha —que significativamente se llama moral mayoritaria— tienen alguna virtud, es la de conocer este sentimiento patriótico fundamentalista (por tanto, simplista), herido y humillado. Halagarlo y utilizarlo para la expansión de sus designios e intereses es el componente básico de la ideología reaganiana.

Había muchos en Alemania que no eran nazis, pero la exaltación del nacionalismo humillado que supo hacer Hitler paralizó a unos y volvió complacientes a otros. Hasta que fue demasiado tarde para impedir el holocausto. Complaciente fue el pueblo alemán, sus iglesias, sus intelectuales, sus instituciones. Las voces de la razón y de la justicia se quedaron aisladas y ahogadas. Complacientes fueron las potencias, incluidas Inglaterra, Francia y la U.R.S.S.

Reagan hoy logra neutralizar a Europa y paralizar a América Latina. Comprando a unos, halagando a otros, engañando a terceros, despreciando a todos.

¿Y AHORA QUE?

Ahora se han sincerado las cosas. Y cada uno tendrá que sacar las conclusiones. Las tienen que sacar el pueblo y los gobiernos latinoamericanos, los pueblos y gobiernos de Europa Occidental. El dilema es ineludible. La actitud ante Nicaragua es una muestra —muy importante por cierto— de la actitud ante todos los pueblos y gobiernos no complacientes. En el atropello de Hitler contra Austria y Checoslovaquia ya

estaba presente el futuro atropello de Francia, la U.R.S.S. o Inglaterra.

También la Iglesia tiene que sacar sus conclusiones si no quiere ser juzgada como cómplice como han sido juzgados destacados prelados que no estuvieron a la altura cuando se produjo el atropello de Hitler contra Austria. Se puede estar en desacuerdo con el gobierno sandinista y tener fuertes razones para ello como en el caso de la expulsión de Mons. Vega, pero no se puede callar ni secundar el imperio mundial de la fuerza, sin derecho ni moral, y el apoyo a que continúe desangrándose el pueblo de Nicaragua.

No es menos cierto que también el Gobierno sandinista tiene que sacar sus conclusiones. Si la única manera de que se mantenga como un modelo abierto y profundamente popular y participativo es que haya un verdadero equilibrio entre el apoyo económico, social y político que recibe del bloque socialista y el que recibe de América Latina, de Europa y de países no alineados en general, es imprescindible que los sandinistas den a estos pueblos y gobiernos cierta confianza al igual que se le dan a la Unión Soviética. No es camino fácil, pero es posible. Único posible a nuestro entender. Lo mismo se diga con respecto a la Iglesia y a la conciencia cristiana de las iglesias de EE.UU. (en primer lugar de importancia), de Europa, de América Latina, de Centroamérica, de Nicaragua. Hay millones de cristianos que miran con simpatía y tienen solidaridad activa con el proceso nicaragüense. Pero también ellos necesitan un mínimo de confianza a la cual poco contribuyen ciertas actuaciones perfectamente evitables del Gobierno nicaragüense.

Nicaragua no tiene salida (no nos referimos principalmente a lo militar) como modelo de democracia popular abierta, de economía mixta y de país no alineado sin esa simpatía, solidaridad y apoyos eficaces. Esto no se puede lograr sin un esfuerzo grande de parte y parte para no dejarse atrapar inexorablemente en el dilema que quiere imponer Reagan.

En cuanto a EE.UU. —a pesar de ciertas apariencias— la

mejor esperanza está en su pueblo, en innumerables grupos activos conscientes y solidarios, en grupos importantes de las iglesias y en particular en la Iglesia católica y en su Jerarquía razonadamente opuesta a esta política reaganiana. Este no es un simple deseo. Impresiona en Estados Unidos la actividad de grupos de base. Pero si quieren salvar a su país de la monstruosidad de la nueva derecha y del fundamentalismo nacionalista incapaz hoy de brindar justicia y paz al mundo, deberán tomar acciones más decididas y desideologizar ante la mayoría norteamericana el falso sentimiento de predestinación nacional dominadora de pueblos.

Hace pocos días en un programa de la TV venezolana escuchábamos a una joven norteamericana lo siguiente: "Pronto tengo que regresar a mi país a enseñar a mi pueblo todo lo que he aprendido en Venezuela". Ella lleva tres años trabajando como voluntaria con los vecinos de Nueva Tacagua. Una joven inteligente y preparada capaz de aprender mucho de los barrios marginalizados de Caracas y de ver la otra cara del imperialismo norteamericano es el símbolo de esos millones de norteamericanos que empiezan a entender que la vida de un solo pobre de la tierra vale más que la fuerza imponente del Imperio con todo su orgullo. Sólo quien cree en eso cree en la Humanidad y puede creer en el Dios Padre de Jesucristo.

Un amigo brasileño, admirado ante el vigor cristiano del mensaje de Lincoln grabado en las paredes del "Lincoln Memorial" en Washington, nos decía que EE.UU. necesita hoy un nuevo Lincoln. Así es, un nuevo Lincoln que vea la realidad norteamericana y su política con la universalidad y trascendencia que tienen sus decisiones para la justicia y paz de la Humanidad. Dicho en latinoamericano, creemos que EE.UU. necesita muchos "Bartolomé de Las Casas" que desde las víctimas del Imperio luchen por transformar las conciencias y las realidades imperiales. De esta manera se podrá decir en América Latina lo que decía Francisco de Miranda en relación a España: "Ah, si los Reyes de España, y sus agentes hubiesen profesado la virtud, el cristianismo, la humanidad del Ilustre Fray Bartolomé de Las Casas, vosotros habríais amado su memoria".

RECORDAMOS A NUESTROS LECTORES

- * que este número (Julio-Agosto) y el próximo (Septiembre-Octubre) son bimestrales (son 10 números al año),
- * que, por consiguiente, el próximo número saldrá a mediados de Octubre